

PIERRE ROSANVALLON

LA GLOBALIZACION EXIGE UN NUEVO CONTRATO SOCIAL



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO SECRETARÍA
GENERAL DE GOBIERNO



NUMERO 4

TEMAS DE DESARROLLO HUMANO SUSTENTABLE

PIERRE ROSANVALLON

LA GLOBALIZACION EXIGE UN NUEVO CONTRATO SOCIAL



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO SECRETARIA
GENERAL DE GOBIERNO



PNUD



NUMERO 4

TEMAS DE DESARROLLO HUMANO SUSTENTABLE



5 ► *La Globalización exige un Nuevo Contrato Social*

9 ► *¿Cómo Reaccionar Positivamente a estas Realidades?*

13 ► *La Disolución Silenciosa del Lazo Social*

17 ► *La Exaltación Artificial del Pueblo*

19 ► *Hacia un Nuevo Contrato Social*

*El problema es dominar las
consecuencias de la globaliza-
ción a través de su anticipación.*

*Es en esta perspectiva que
hay que plantearse el futuro.*

*Una mayor solidaridad va a
convertirse, en efecto, en una
de las condiciones prácticas
de una globalización aceptada
y controlada.*



La Globalización exige un nuevo Contrato Social¹

Todos los indicadores del desarrollo chileno muestran que los diez años de democracia han sido diez años de progreso económico y social para el país. Pero al convertirse en un país moderno, asociado de aquí en adelante al desarrollo de la economía mundial, Chile se ve además confrontado a grandes desafíos para el futuro. Son estos desafíos los que me gustaría examinar con ustedes.

Para ello es necesario hacer un análisis correcto de la mundialización económica. En tal sentido, es muy importante distinguir bien internacionalización de globalización.

La internacionalización de la economía comenzó verdaderamente en los años sesenta y setenta. Consistió en un simple proceso de apertura de las economías, con las posibilidades y peligros que ello ha creado. Las oportunidades residen en el crecimiento; los peligros en la dependencia, la vulnerabilidad y la segmentación de la sociedad.

La globalización, por el contrario, no es sólo la internacionalización de los mercados. Es, en efecto, primero y ante todo, la consecuencia de la transformación de los modos de producción, ligada a la tercera revolución industrial de la información y la informática. La globalización no es por tanto una estrategia, una elección de política económica, como podría serlo la internacionalización en los años 70. Es un elemento intrínseco de la economía moderna.

El problema es dominar las consecuencias de dicha globalización a través de su anticipación. Es en esta perspectiva que, en mi opinión, hay que plantearse el futuro. Una mayor solidaridad va a convertirse, en efecto, en una de las condiciones prácticas de una globalización aceptada y controlada.

La tercera revolución industrial, que estamos comenzando a vivir sin darnos cuenta aún de toda su dimensión, crea, en efecto, desigualdades de nuevo tipo. Desigualdades que las economías califican de intragrupalas. No podemos hablar ya únicamente de

¹ Conferencia dictada en el Palacio de la Moneda el 15 de noviembre de 1999 con ocasión de la presentación del "Índice de Desarrollo Humano en Chile 1990-1998" elaborado por el PNUD.



desigualdades entre grupos, sino de un estallido de desigualdades en el seno de cada grupo sociocultural. El fenómeno de la desigualdad se produce al interior de cada categoría de edad, profesión, o sector de la economía. De este modo, por ejemplo, más del 70% del fenómeno de desigualdad en Estados Unidos se explica por la diferencia salarial entre los jóvenes que trabajan en la industria. Más impresionante aún, se puede observar que entre un tercio y la mitad del crecimiento de las desigualdades salariales en los países industriales resultan de la evolución caótica de los ingresos de los individuos a lo largo de su vida.

Los economistas hablan al respecto de un carácter "fractal" del fenómeno de la desigualdad (la más ínfima parte representa al todo). Este hecho es incomprensible para quienes defienden la idea de que la mundialización de los mercados, la inmigración, o cualquier fenómeno sectorial, es la causa principal de la desigualdad. Cada una de dichas teorías no puede, en efecto, más que explicar la profundización de las desigualdades entre grandes categorías de empleo. Pero no pueden de ninguna manera comprender por qué el aumento de las desigualdades se produce tanto en el seno de cada categoría social como en cada sector de la economía.

Esta tercera revolución industrial acelera también el proceso de individuación de nuestras sociedades. Ello corresponde al hecho de que es la "performance" del individuo, mucho más que los modos generales de organización, lo que

determina el sistema productivo. La diferencia con el modo de producción "fordista" es considerable. La empresa de hoy individualiza, mientras que antes congregaba. El capitalismo de los años '60 "producía" directamente a la clase obrera. Tenía un efecto de homogeneización social, pues integraba todas las diferencias individuales para constituir un trabajador colectivo. En la fábrica llamada fordista, cuyo símbolo lo constituía el trabajo en cadena, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, obreros y técnicos, eran reducidos a un común denominador, que era al mismo tiempo signo de dependencia y formador de una identidad.

La situación se invierte en el capitalismo de los años '90. En primer lugar, el sistema productivo se extendió, favoreciendo la multiplicación de pequeñas estructuras en perjuicio de los grandes conjuntos de antaño. Y también se recompone, sobre todo en torno a una nueva lógica social, reagrupando a trabajadores del mismo nivel para constituir una multitud de pequeñas células homogéneas de trabajo pero separadas unas de otras. Esta lógica se ha convertido en la nueva ley de la organización económica y técnica. Cada uno se siente más aislado o confinado en grupos estrechos y al mismo tiempo más directamente responsable de sí mismo y sometido a presiones inéditas. Más aún cuando las formas de gestión del contrato de trabajo han acentuado la particularización del lazo entre cada trabajador y su empresa. Es lo que provoca, por lo demás, el ocaso del sindicalismo.

La globalización no es sólo la internacionalización de los mercados. Es, en efecto, primero y ante todo, la consecuencia de la transformación de los modos de producción, ligada a la tercera revolución industrial de la información y la informática. La globalización no es por tanto una estrategia, una elección de política económica, como podría serlo la internacionalización en los años ´70. Es un elemento intrínseco de la economía moderna.



¿Cómo reaccionar positivamente a estas realidades?

Sin sueños ni nostalgia. Se debe más bien replantear el sentido de los dos pilares clásicos del contrato social de la segunda revolución industrial: el contrato salarial y el Estado-providencia asegurador. Y en cierta forma se debe replantear también el contrato social que dio origen a nuestros Estados-naciones en el siglo XIX.

a) Es necesario replantear el contrato salarial

¿Por qué? Porque éste ha sido concebido y pensado desde hace un siglo para organizar la producción de los trabajadores reunidos en empresas cada vez más grandes, que sólo podían ser representados por organizaciones colectivas: los sindicatos.

Es el *derecho* más que el contrato social de la empresa el que puede y debe hoy día ser el vector del progreso social para reducir las desigualdades de situaciones materiales o de estatus. Es necesario pensar en términos del derecho del hombre a trabajar. Es desde el exterior de la empresa y no al interior de ella que se juega la homogeneización del mundo trabajador. Se trata ahora de organizar el estatuto y la protección de trabajadores flexibles, móviles y dispersos en

un número creciente de pequeñas unidades, al contrario de los antiguos trabajadores, estables y agrupados en empresas cuya dimensión económica no dejaba de crecer.

b) Es necesario replantear el Estado-providencia

Ante todo porque el crecimiento del Estado-providencia en los años 1970 y 1980 ha acarreado en todas partes dificultades de financiamiento. Pero sobre todo porque los principios organizadores de la solidaridad colectiva se encuentran hoy día en crisis. Por razones que he analizado largamente en otra parte (*Cf. La nueva cuestión social*, 1995), las formas que aseguraban la solidaridad se han disgregado. Sin embargo, aquellos contaban con una "ventaja metodológica" considerable: asimilar la solidaridad a un contrato y los problemas sociales a riesgos estadísticos, y administrar al mismo tiempo la justicia "bajo el velo de la ignorancia", para hablar como el filósofo John Rawls. Esta identificación del Estado-providencia con una especie de *sociedad aseguradora*, está llegando de esta manera a su fin. Asistimos hoy día a una separación progresiva de dos universos: el de la seguridad social y el de la solidaridad.



Las evoluciones demográficas, la disociación creciente entre la esfera de los cotizantes y la de los que tienen derecho, el conocimiento acrecentado de las diferencias entre los individuos y los grupos, se conjugan para sacudir violentamente la visión aseguradora de la solidaridad. Dichas evoluciones conducen en cambio a hacer necesario un enfoque más directamente político de la solidaridad. El "cara a cara" del contrato social deberá, de este modo, ser sustituido por la mano invisible de la seguridad.

c) Es necesario replantear el contrato social en sí mismo

Actualmente es imposible reconstruir formas de solidaridad social sin "rehacer la nación" en cierta forma; es decir, sin actualizar la base cívica sobre la cual se asienta el reconocimiento de una deuda social mutua. Para ello hay que evitar dos peligros: la disolución silenciosa del lazo social y la exaltación artificial de un pueblo imaginario.

Actualmente es imposible reconstruir formas de solidaridad social sin "rehacer la nación" en cierta forma; es decir, sin actualizar la base cívica sobre la cual se asienta el reconocimiento de una deuda social mutua. Para ello hay que evitar dos peligros: la disolución silenciosa del lazo social y la exaltación artificial de un pueblo imaginario.



La disolución silenciosa del lazo social

Hoy tenemos una sociedad más segmentada, en la que poco a poco la gente vive en mundos diferentes, encerrados en sus mundos individuales y aislados unos de otros. Esto acarrea un "riesgo cívico", tal como la multiplicación de los "gated communities", la desaparición de espacios cívicos y el desmembramiento neo-liberal de la sociedad. La consecuencia de dichas tendencias es la disolución del lazo social.

Hay una tendencia perversa a la multiplicación de secesiones políticas. Antes que realizar costosas redistribuciones, algunos desean limitar la dimensión de los Estados-naciones a cuerpos más homogéneos. Actualmente en Europa las tentaciones son fuertes: los flamencos y valones ya no quieren más ser un Estado-providencia común en Bélgica, pues los primeros encuentran que pagan demasiado por los segundos; un número creciente de italianos del Norte (Padania) llaman a una separación política de un Sur considerado demasiado pobre; los checos y los eslovacos ya se separaron por las mismas razones. De aquí en adelante no hay ya ningún argumento económico que se oponga a estos movimientos. No fue así en el pasado. Grandes Estados-naciones podían ser socialmente costosos,

pero eran en efecto necesarios para constituir grandes mercados. El siglo XIX marcó por esta vía el auge de las grandes naciones. No sólo por razones militares. Se pensaba que ellas valían más que las pequeñas porque se beneficiaban de "un gran mercado interno" y, por lo tanto, de una economía más fuerte. Las unidades alemana e italiana se constituyeron sobre este modelo, cuya referencia actual siguen siendo los Estados Unidos. Protegidos por un proteccionismo militante, los Estados Unidos han permitido a sus empresas desarrollar formidables economías de escalas, haciéndolas entrar de lleno en el gigantismo del capitalismo naciente. Un gran mercado, un Estado federal poderoso cuando se trata de proteger el mercado interno, y una moneda única para soldar dicho mercado (la que por otra parte tardó, al igual que en Europa, en ser creada institucionalmente). Se reconoce fácilmente el modelo sobre el cual se fundaron los esfuerzos de unidad nacional en el último siglo, y los de la construcción europea aún hoy día.

Actualmente esta visión ya no funciona. El poder económico, la dimensión territorial y la masa demográfica pueden de aquí en adelante ser desacopladas. La globalización permite a las pequeñas naciones tener acceso fácilmente a



los más amplios mercados. Los éxitos de pequeñas ciudades-Estados como Hong-Kong o Singapur muestran que la existencia de un gran mercado interno ya no es más la condición de riqueza y crecimiento. La teoría económica subraya incluso hoy día que las pequeñas naciones "cuestan" más baratas que las grandes. Cuanto más grande es un Estado-nación, más fuerte es, en efecto, la heterogeneidad de las poblaciones que lo componen. Y en consecuencia, más importantes serán los costos de redistribución para administrar

dichas diferencias. E inversamente, cuanto más pequeña y homogénea sea una nación menos elevados serán sus gastos de Estado-providencia. Anteriormente los beneficios económicos de gran dimensión equilibraban su costo social. Actualmente es mucho menos frecuente y es lo que permite explicar, a lo menos en parte, el vasto movimiento de secesiones políticas que ocurren en el mundo. Detrás del nacionalismo cultural o político al que asistimos, se afirma entonces de manera silenciosa un enfoque diferente de la solidaridad.

*Es necesario volver a crear un
lazo social real. Para ello hay que
recurrir al sentido clave de la
nación, es decir una comunidad
de redistribución aceptada,
fundada en obligaciones recí-
procas y el nuevo reconocimiento
de una deuda social.*



La exaltación artificial del pueblo

A medida que el lazo social real se distiende, un discurso político perverso tiende a exaltar a un pueblo artificial, un pueblo imaginario. Es la definición sociológica y filosófica que se puede dar del populismo. Este se construye sobre la emoción, los símbolos fáciles y las identificaciones superficiales.

Inversamente a este populismo barato y a la renuncia de la política que se esconde tras una visión individualista de lo social, es necesario volver a crear un lazo social real. Para ello hay que recurrir al sentido clave de la nación, es decir una comunidad de redistribución aceptada, fundada en obligaciones recíprocas y el nuevo reconocimiento de una deuda social.

Esta dimensión democrática-solidaria de la nación es escamoteada por la visión populista. La nación es concebida como un bloque supuestamente unido y homogéneo. Se exalta la unidad del pueblo, por ejemplo, mediante el rechazo de lo extranjero, aunque en realidad lo que se hace es ignorar la deuda social interna. La democracia es, en cambio, una gestión de diferencias, realizada a partir de un sentido común acerca de las desigualdades admisibles y las desigualdades insoportables.

La democracia es una gestión

de diferencias, realizada a partir

de un sentido común acerca de las

desigualdades admisibles y las

desigualdades insoportables.



Hacia un nuevo contrato social

La solución para sobrepasar estas tensiones, ilusiones y tentaciones, no es evidente. Pero se encuentra, en todo caso, ligada a la reconstrucción del sentido cívico, en tanto sentido de pertenencia a un mundo común. En un mundo globalizado, la profundización de la democracia es claramente la piedra angular de la implementación de un nuevo contrato social.

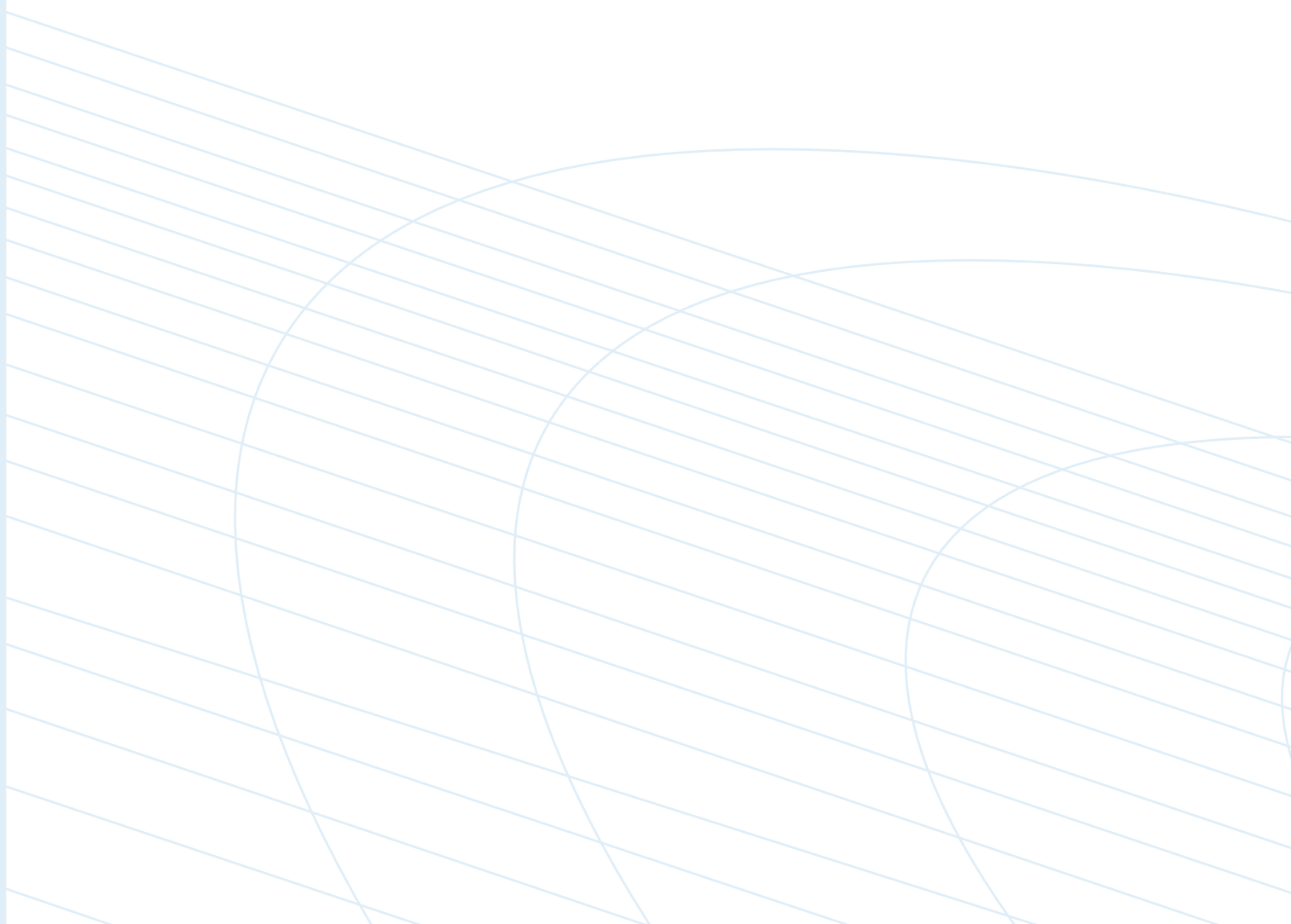
En nuestras sociedades tienden a enfrentarse dos concepciones de solidaridad: por un lado, la solidaridad con la humanidad y, por el otro, la solidaridad ciudadana. La primera atestigua una conciencia nueva y ampliada de las responsabilidades que tienen los seres humanos entre sí. Esta extensión de la conciencia está ligada a un deber mínimo de solidaridad: evitar, en lo posible, que las personas sean arrancadas al "mundo común" mediante hambrunas o genocidios. En cifras, ella corresponde al 1% de la riqueza mundial que reivindican las Naciones Unidas para los programas de desarrollo. La solidaridad ciudadana, en cambio, es mucho más exigente. Ella implica cierta igualdad de oportunidades a la vez que una aproximación relativa en los niveles de vida. En los países industrializados ello se traduce en contribuciones obligatorias (impuestos e imposiciones sociales), que oscilan entre el 30 y el 50% de la

riqueza nacional. La diferencia filosófica entre las dos concepciones está pues vinculada a una considerable diferencia material. La gran tentación es disminuir la exigente solidaridad ciudadana en beneficio de la solidaridad con la humanidad. El sentimiento de solidaridad se mundializa, pero su contenido se pulveriza. Esta es la cara moral oculta de la globalización.

Para hacer frente a la globalización, no simplemente soportarla sino sacar provecho de ella, es necesario contar con una sociedad civil fuerte y activa. Pero es necesario también una sociedad más solidaria, pues esta solidaridad es la condición para que los individuos puedan asumir riesgos.

No hay que esperar milagros. Por lo mismo, esto devuelve sus títulos de nobleza a la acción política. La sociedad critica a "los políticos" cuando no son sino administradores superfluos o parásitos, cuando el político es una carga, un peso, para la sociedad. Pero la sociedad necesita una política centrada en la realización del bien social y en la constitución de nuevas instituciones del lazo social. La construcción de la solidaridad es el núcleo de una política renovada.

En conclusión, yo diría que la globalización es un desafío para nuestras democracias tanto como para nuestras economías.



Para hacer frente a la globalización, no simplemente soportarla sino sacar provecho de ella, es necesario contar con una sociedad civil fuerte y activa. Pero es necesario también una sociedad más solidaria, pues esta solidaridad es la condición para que los individuos puedan asumir riesgos.



pnvd



Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo

Av. Dag Hammarskjöld N° 3241
Teléfonos: (56 2) 337 2500
Fax: (56 2) 337 2444
Santiago-Chile
www.pnud.cl